

# Mudanza

Valeria Mira

Escritora y columnista, estudió Derecho en la Universidad de Antioquia, es profesora de cátedra de la Universidad EAFIT y autora del libro infantil Pajarraco, ilustrado por Daniela Acosta y publicado por Babel en 2022, [valeriamiramont@gmail.com](mailto:valeriamiramont@gmail.com)

Una tarde quise perseguir el sonido que hace el aire cuando se escapa de su encierro y me asomé por la rendija de la puerta del armario para buscarlo. Venía de la vitrina del salón. El mueble estaba abierto y la abuela agachada a sus pies. La vitrina era un mueble alto y arriba tenía espinas. Para que mis ojos de niña pudieran verla completa tenía que alejarme y estirar el cuello hasta atrás. El frente era de cristal brillante y por detrás parecía el tronco pulido de un árbol antiguo. Tenía cuatro patas de león y olía a polvo y a barniz. Adentro, sobre cinco repisas, se apoyaban recuerdos de viajes: tacitas, bailarinas y un juego de tenedor y cuchillo de plata con cabo de marfil.

El día que me llevaron a vivir con la abuela pensé que ese mueble se parecía al cofre de cristal en el que los siete enanos habían velado a Blancanieves en el bosque. Los enanos creían que Blancanieves estaba muerta, pero en realidad solo estaba hechizada y un beso la sacó de su sueño. Con mi mamá no había funcionado lo del beso y mis labios se pusieron fríos el día en que ella cerró los ojos para siempre. El cofre en que la velamos no era de cristal sino de madera maciza y también olía a polvo y a barniz como la vitrina que adornaba el salón de la casa de la abuela.

La primera regla de esa casa era estar siempre en silencio. Cecilia, la señora que dormía en la cocina, me enseñó a caminar en puntas de pie. A la abuela le molestaban en los oídos todos los pasos de zapatos que no tuvieran suela de algodón. También me enseñó que a la hora de la comida tenía que ser cuidadosa para evitar que los cubiertos se encontraran con los platos y sonaran como campanas. En la casa de la abuela no había galletas, ni manzanas, ni pan tostado: solo se comían cosas que pudieran tragarse sin masticar. Para moverme sin hacer ruido por la casa me convertía en gata: iba y venía pegada de las paredes para no cruzarme nunca en el camino de la abuela. En

los largos días de cortinas cerradas me crecieron los ojos y aprendí a deslizarme en la oscuridad sobre el tapete empolvado. Me arrastraba sobre la panza para enterrarme como una lombriz bajo los muebles del salón. Allí encontraba tesoros olvidados: centavos, botones y pedazos de cristal roto.

Además de los baños, el armario de los abrigos era el único lugar de la casa de la abuela donde el piso no estaba escondido bajo el tapete que me raspaba las rodillas y los codos cuando me convertía en lombriz. Me gustaba encerrarme ahí a jugar con lo que encontraba debajo de los muebles. En los agujeros de los botones veía ojos y bocas y de esas bocas salían historias que explicaban lo que pasaba en la casa. El botón azul decía que las cortinas estaban siempre cerradas porque la piel de papel de arroz de la abuela podía encenderse si le daba el sol. El amarillo me contaba que la señora que dormía en la cocina se convertía por las noches en una polilla gigante y salía por la ventana a volar en la oscuridad. Mi historia preferida era la del botón rojo.

—Ana, tu mamá entró anoche a tu cuarto y te dio un beso en la frente .

Cuando los botones no hablaban me ponía a jugar con las tuercas que le había arrancado a la mesa de centro que le hacía juego a la vitrina del salón. Las tuercas eran en mis manos cinco anillos de plata. Me ponía tres en la derecha y dos en la izquierda. El sonido que hacían cuando golpeaban el piso sin tapete del armario me recordaba al que hacían los zapatos de tacón de mi mamá cuando volvía a nuestra casa después de trabajar. Los abrigos y la gruesa puerta de madera del armario escondían ese sonido de los oídos de la abuela y en mi cueva podía recordar. Yo esperaba a mi mamá escondida detrás de una lámpara que no me tapaba del todo y ella decía, dónde está Ana, dónde está, y yo me



Laura Henao @\_\_nube

reía y ella decía, escucho la voz de un ratón pequeño, y yo volvía a reír mientras ella daba vueltas alrededor de la lámpara como si no me viera hasta que de pronto me decía, aquí estás, ratona y me abrazaba fuerte y yo enterraba la nariz en su pelo para olerle la cabeza. Estar en ese armario era pedir el deseo de volver a escuchar el *tac tac tac*,

abrir la puerta, salir a colgarme del cuello de mi mamá y buscar con mi nariz de ratón las flores de su perfume.

La puerta abierta de la vitrina me reveló un cajón secreto y el tesoro que guardaba ahí la abuela: un estuche rojo que ella sacó del mueble y se puso



con cuidado sobre sobre las rodillas la tarde en que me asomé por la rendija de la puerta del armario para buscar el aire que había oído escaparse. Recuerdo el estuche como una esponja gorda de sangre y los dedos de la abuela como las raíces de una planta seca. Desde mi escondite vi como lo abría. Con una mano sostenía la tapa y con la otra sacaba del fondo algo que parecía una piedra blanca que se metió a la boca. Me quedé esperando a que la escupiera, pero la abuela se quedó ahí, inmóvil, como cuando mi mamá y yo jugábamos a las estatuas. Ella decía:

–¡Estatuas! –

Y yo trataba de quedarme muy quieta y entonces me daba cuenta de que estaba moviendo los ojos.

–Ratona, las estatuas no mueven los ojos –

Y volvíamos a empezar.

–¡Estatuas! –

El sonido que hizo la piedra cuando se aplastó contra las muelas de la abuela me regresó al armario: desde ahí vi los huesos de la cara de la abuela subir y bajar dentro de la piel arrugada y la garganta que se amontonaba como una oruga para pasar los pedazos de piedra de la boca al estómago.

Desde esa tarde empecé a abrir la puerta del armario cada vez que escuchaba el aire que se escapaba de la vitrina. Con los días noté que el reloj que estaba arriba del sofá siempre tenía los dos palitos en el número seis cuando la abuela se sentaba a comer piedras. Una vez abrí la puerta cuando el palito pequeño del reloj estaba en las seis y el grande en las tres. Lo miré moverse hasta que bajó a las cinco y sentí con mi piel de lombriz los pasos de las pantuflas de la abuela sobre el tapete. Me quedé muy quieta y vi que al llegar al frente de la vitrina la abuela estiró los brazos para alcanzar algo que se escondía arriba, detrás de las espinas. La miré mover las manos como si tuviera ojos en la punta de los dedos hasta que agarró algo que brilló con el único rayo de luz que entraba en la habitación. La abuela metió la llave en el cerrojo de la vitrina, la giró, jaló y el aire se escapó del encierro del mueble.

Los botones me dijeron que la próxima vez saliera del armario cuando el palito pequeño del

reloj estuviera en el número seis y el grande en el número cinco y que podía subirme en el sofá para alcanzar la llave que la abuela escondía en la cabeza de la vitrina. A mí me daba miedo de las espinas y de las patas de león, y eso a ellos los hacía reír.

–Si no haces lo que te decimos te vas a quedar sin anillos y sin el *tac tac tac* de los zapatos de tacón de tu mamá –.

Esperé a que el reloj diera la vuelta y a la hora indicada me convertí en lombriz, me arrastré hasta el sofá, trepé al espaldar y me acomodé los anillos en los dedos. Deslicé mis pies hasta el borde, apoyé mi brazo izquierdo contra la pared y estiré lo que más pude el derecho. Las espinas de la vitrina se enterraron en mi piel, aguanté el dolor de la mordida y busqué la llave: en la punta de mis dedos también había ojos. Mantuve el equilibrio y salté como una pulga hasta el tapete. Encontré el cerrojo y metí la llave. Giré la muñeca y dejé que el aire se escapara de la vitrina.

Abrí el cajón secreto y saqué el estuche rojo. Lo puse sobre mis rodillas y lo abrí con las dos manos. Las piedras estaban organizadas en filas y de cerca parecían suaves. Me puse todos los anillos en la mano izquierda para que la derecha no me pesara. Tomé una piedra entre el índice y el pulgar y la acerqué a mi lengua. Descubrí que era dulce y la lamí hasta que mis dedos se pusieron pegajosos. Abrí la boca y guardé la piedra adentro.

El calor hizo que se volviera más pequeña. La empujé con la lengua para sentirla desde afuera contra la piel de las mejillas. Los labios se pegaron uno contra el otro y en el pliegue sellado podía sentir como la piedra palpitaba para que la dejara salir. No recordaba lo que se sentía tener peso dentro de la boca. Cerré los ojos dispuesta a tragar. Quería callar el latido. Moví la lengua para hacer agua y, con el movimiento, el palpito de la piedra se aceleró. El piso de la boca estaba ya inundado cuando sentí que las manos de raíces secas se apoyaron sobre mis hombros. Apreté los dientes contra la piedra y algo crujió. La abuela se agachó y me tomó fuerte de la cara para hacerme escupir. La presa de los labios se rompió y el tapete bebió como un animal sediento el agua que salió de mi boca. Sobre las fibras húmedas vimos una perla.

–Esta noche viene a visitarte el Ratón –. 🐭

